

CAPÍTULO IV

RAZONES PARTICULARES QUE HACEN ESTIMABLE
EL LATÍN Á TODOS LOS CATÓLICOS

§ I

FUERA de los motivos generales que en los capítulos anteriores hemos expuesto, el estudio de la lengua latina tiene en particular para todo católico un interés propio y especial, cuyos fundamentos vamos á exponer. Por de pronto á nadie se le ocurrirá negarnos que no sólo para profundizar en la teología, pero aun para adquirir de ella medio conocimiento, es indispensable el latín; puesto que en latín están escritas las obras teológicas y las que constituyen las fuentes de las ciencias sagradas. Mas, esto concedido, todavía nos parece que ha de faltar quien pregunte por

qué tratamos de propósito la necesidad del latín para la teología, á la cual únicamente se dedican los que aspiran al Sacerdocio. El motivo está en su singular nobleza y en su influjo sobre los demás conocimientos humanos; por lo cual no es, como algunos creen, ciencia á que exclusivamente hayan de dedicarse los eclesiásticos; pues según lo que en 1881 decía el Ministro de Instrucción Pública, "nada perdería la Nación en revivir los tiempos de Bossuet ó de Gersón en el estudio de la teología, que Alemania coloca á la cabeza de sus investigaciones científicas y forma la primera de sus facultades universitarias,"¹.

Explanaremos algún tanto estas ideas, que pudieran parecer peregrinas á quien no alcance las razones en que se fundan. La teología es la más noble de las ciencias, puesto que su objeto es el más sublime de cuantos ocupan el entendimiento humano: es Dios mismo, conocido con la luz de la revelación, y las obras más perfectas de Dios; la certidumbre de sus principios es la mayor de todas, porque se apoya en el más firme de todos los motivos, que es la ciencia misma y la palabra de Dios; su fin como ciencia práctica es el más excelente de todos, porque es la bienaventuranza sobrenatural del

¹ Memoria presentada al Congreso Nacional, pág. 37.

hombre, adonde como á fin último se enderezan todos los fines de las demás ciencias prácticas. Sin el conocimiento de la teología es imposible el conocimiento perfecto de las cosas, propio del verdadero sabio, que, como enseña Santo Tomás¹ es sólo aquel que considera el fin del universo. Pongamos delante de una de las modernas máquinas dinamo-eléctricas á un observador que jamás haya tenido noticia de esta clase de aparatos. No se puede decir de él que conoce perfectamente la máquina, por más que haya visto y examinado con atención cada una de sus partes, ni aunque las vea funcionar, ni aunque él mismo excite y utilice las corrientes, mientras no sepa cuál ha sido el objeto que se ha propuesto el inventor y cómo lo ha conseguido, cuáles son según este fin las relaciones que ligan entre sí las diferentes piezas y les señalan forma y lugar determinado en la obra: su conocimiento sería tan incompleto, como que no verá allí más que una máquina que produce chispas ó luz. Ahora bien; el universo entero es una máquina admirable, cuyo artífice es Dios. En vano, pues, se jactará el hombre de que ha registrado las entrañas de la tierra, sondeado los mares y medido las profundidades del espacio; en vano habrá descubierto

¹ *Contra Gentes*, lib. I, cap. I.

los medios de poner á su servicio las fuerzas de la naturaleza: este conocimiento no le basta para alcanzar la verdadera ciencia que hace sabios, mientras no conozca el fin á que el Soberano artífice ha ordenado el universo y las relaciones que cada uno de los seres tiene con este fin último. Y esto no lo podemos saber si Él mismo no nos lo hubiera revelado, porque el mundo con todas las criaturas visibles é invisibles que encierra, ha sido creado para un fin sobrenatural, y el orden sobrenatural, que perpetuamente domina y atrae á sí este universo, como el fin á los medios, excede la capacidad de nuestra razón. Pero, puesto que á su Divina Bondad plugo revelarnos este fin, y las múltiples y estrechas relaciones que con él tienen todos los seres del universo, que son los objetos de que trata la teología, estos conocimientos son los que constituyen la verdadera sabiduría, sin la cual los que conocen el mundo, sólo lo conocen imperfectamente, en su parte menos noble y como en la corteza exterior que cubre sus arcanos. Y si aun en lo antiguo, los sabios de la gentilidad no se tenían por tales mientras no habían estudiado lo que con su razón podían investigar acerca de Dios, y comprendían que sin esto su conocimiento de las cosas era imperfecto por descuidar en ellas lo más esencial, que es la relación que tienen con Dios

como con su Autor y Ordenador, mucho menos se podrá llamar verdaderamente sabio en nuestros días el que hallándose en medio de los resplandores de la luz que ha derramado en el mundo nuestro Divino Redentor, no penetre en el conocimiento de lo que nos enseña la revelación. Por eso quien quería antiguamente ser de veras sabio y abarcar la perfección de los conocimientos humanos, no se contentaba hasta profundizar en el estudio de la Religión; y así era tan frecuente el ver unido en nuestros doctores católicos el grado de la sagrada teología con el de la jurisprudencia.

Finalmente, el ser la teología la verdadera sabiduría, como acabamos de demostrar, hace que su influjo se extienda á todas las demás ciencias. El Sumo Pontífice Pío IX nos enseña (Encíclica *Qui pluribus*, de 9 de Nov. de 1846) que "el conocimiento de las cosas divinas ilumina, fortifica y perfecciona admirablemente la razón humana"; y nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, que felizmente gobierna la Iglesia, dice en su Encíclica *Aeterni Patris*: "El esplendor de las verdades divinas recibido en el ánimo ayuda al mismo entendimiento... confiérole gran nobleza y lo torna más agudo y vigoroso". En efecto, "la Religión, escribe un controversista católico, se impone: amada ó aborrecida, ocupa su lugar necesario en la

vida humana, y no hay una sola rama de los conocimientos humanos de donde pueda ser desterrada... Con razón, pues, se dice que la teología es la reina de las ciencias, porque con todas tiene estrecha relación",¹

Conocidas son de todos las notables palabras con que uno de los más furiosos revolucionarios modernos, el blasfemo Proudhón confesó ser "cosa que admira, el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología". Sobre las cuales palabras el ilustre Marqués de Valdegamas observa profundamente: "Nada hay aquí que pueda causar sorpresa sino la sorpresa de Mr. Proudhón. La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el océano que contiene y abarca todas las cosas." Y más adelante añade: "Si todo se explica en Dios y por Dios, y la teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la teología es la ciencia de todo,"²

Este es el sublime concepto de la antigua Universidad católica, cuya falta tanto se hace sentir entre nosotros, y cuya proyectada erec-

¹ *Le Syllabus*, par PETITALOT.

² *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*, por DON JUAN DONOSO CORTÉS, lib. I, cap. I.

ción reclama encarecidamente el generoso y abnegado concurso de todos los buenos argentinos. En ella la teología era la guía y maestra de todas las ciencias; conforme á lo que enseña el Concilio Vaticano que "la Fe libra y preserva de errores á la razón, y la enriquece con multiplicados conocimientos,"¹. La filosofía tenía por oficio ser la sierva de la teología: *ancillari theologiae*; pero esta servidumbre es la mayor de las noblezas, y por ella la filosofía dominaba sobre las demás ciencias, las cuales formaban su cortejo. Por desgracia, en la Universidad moderna, supeditada por el Estado, la filosofía ha sacudido el yugo de la teología; más el día en que aquélla se negó á ejercitar su noble ministerio, declarándose emancipada de ésta, cesaron de estarle sujetas las demás ciencias y le arrebataron el cetro de supremacía: no de otra suerte que cuando el hombre hubo desobedecido á Dios en el Paraíso, cesaron de serle obedientes sus pasiones y se conjuraron para sobreponérsele y arrastrarlo por el lodo. Y en realidad ¿á qué se ve reducido hoy el estudio de la filosofía? A la más lastimosa condición: el trabajo de decorar unas cuantas definiciones y teorías para llenar el nombre de una clase. Y menos mal si esas teorías y definiciones estuvie-

¹ *Constitutio dogmatica de Fide*, cap. IV.

sen sacadas de la sana filosofía; pues por lo común sucede que son producto del más soberbio racionalismo y del más degradante naturalismo.

Pero nosotros consideramos el orden tal como debe ser y no tal como por los errores y perversidad de los hombres ha llegado actualmente á constituirse; y en este orden, sin sombra de duda, el primer lugar lo ocupa la teología católica. No somos, pues, de aquellos que creen que el conocimiento de Dios se ha de relegar al olvido, y que sólo los que son llamados á la dignidad del sacerdocio deben estudiar la ciencia de la revelación; error acreditado entre muchos, y originado de la impiedad del siglo en que vivimos. Nosotros creemos, por el contrario, que en estos tiempos en que cualquiera se arroga el derecho de hablar acerca de la Religión, aunque no la conozca, es más que nunca oportuno su estudio, para discurrir con acierto; y pues los enemigos de la Iglesia buscan en todos los puntos de la ciencia armas con que impugnar el catolicismo, conviene en gran manera que el sabio católico conozca á fondo la ciencia de la teología, á fin de proceder con seguridad y buen éxito en la defensa de su fe ultrajada. Si en estudiarla empleasen también su tiempo y sus talentos los que sucesivamente son llamados á la dirección de la cosa pública, proce-

derían indudablemente con más tino en sus relaciones con la Iglesia, pues conocerían la verdadera naturaleza de esta sociedad, sus divinas prerrogativas é inmunidades, y los deberes que para con ella tienen todos los católicos aunque sean gobernantes.

El olvido y desprecio en que yace la más sublime de las ciencias ha hecho que nos extendiésemos en las precedentes consideraciones, para hacer ver que su conocimiento es muy propio de todo sabio católico. É intencionalmente hemos dicho *sabio*; pues nunca hemos pretendido que tales estudios hayan de ser cultivados por toda clase de hombres de mundo, aun de los que tienen carrera literaria, sino únicamente por aquellos que aspiren á la posesión plena y perfecta de la sabiduría, y más aún por los denodados seculares, que con gallardo esfuerzo, de palabra y por escrito, pelean las batallas del Señor, luchando bizarramente por restaurar todas las cosas en Cristo, como quería el Apóstol, estableciendo su soberanía social en todo el universo. Conclúyese de lo dicho, que si los sabios católicos deben, para merecer tan honroso título, dedicarse á la sagrada teología, les es indispensable el conocimiento del latín, como al principio dijimos, puesto que todas las obras teológicas están escritas en este idioma.

§ II

Pero no sólo á los que pretenden subir á la cumbre de las ciencias, sino también á todo católico que se precie de ser medianamente instruído, ofrece el latín excelencias y utilidades, que merecen particular estimación y aprecio, y aconsejan su estudio. Nos contentaremos con enumerar brevemente algunas de las que más resaltan.

El latín es la lengua oficial de la Iglesia; la lengua de sus tradiciones, en la que están escritos los Sagrados Libros, las obras de los Santos Padres, los decretos de los Pontífices, los cánones de los Concilios y las enseñanzas que el Papa dirige á los fieles esparcidos por todo el orbe; es, pues, la lengua en que la Iglesia habla á sus hijos. Ahora bien: pudiendo sin gran trabajo percibir el genuino sentido de sus palabras y gustar en el idioma original los primores que la versión deslucen, ¿qué católico no deseará entender á esta amada Madre sin necesidad de valerse de intérpretes?

El latín es asimismo la lengua litúrgica en que se recitan todos los Oficios de la Iglesia. Habiendo, pues, en estos Oficios encerrados

tantos misterios y tan preciosos tesoros para el alma, ya en los Evangelios, ya en las Epístolas y Oraciones que se leen todos los días en la Misa, ya en las demás ceremonias á que los fieles asisten; deseando por otra parte la Iglesia que tales tesoros se comuniquen á sus hijos; tan insigne provecho y tan respetable deseo deben mover eficazmente el ánimo de éstos, no sólo para estimar, sino también para aprender el latín, siéndoles esto posible. Aun de las señoras católicas, decía en su tiempo Fenelón "que más bien les aconsejaría que aprendiesen el latín para entender el Oficio Divino, que el italiano para leer poesías amorosas." Y en realidad, en los tiempos antiguos muchas nobles damas católicas y hasta reinas coronadas estudiaron y aprendieron la lengua latina. Así lo leemos de la gran Isabel la Católica, Reina de las Españas, por quien en nuestra América lució la antorcha de la fe y de la civilización; así de María Tudor, Reina de Inglaterra; y así también se refiere de la infortunada Reina de Escocia, María Estuardo, que al recibir al Nuncio de Su Santidad le hizo exponer en latín el objeto de su embajada, entendiéndolo perfectamente, y sólo se excusó de no responder en aquella lengua por no ser bastante práctica en su uso.

Es además esta lengua litúrgica un lazo de

unión que liga á todos los católicos del mundo: donde quiera que se traslade en sus viajes el cristiano, oye resonar los mismos ecos, las mismas alabanzas á Dios, en el mismo idioma que en su patria. Unidad admirable, que por sí sola merecería todo el trabajo que se emplease en conservar la lengua latina. "¡Qué idea más sublime, dice de Maistre, que la de una lengua universal para la Iglesia Universal! Desde un polo al otro polo, el católico que entra en una Iglesia de su rito, se halla como en su país, y nada es extraño á sus ojos. Tan luego como llega, aunque venga de lejanas tierras, oye lo que ha oído toda su vida; puede unir su voz á la de sus hermanos; los entiende y es entendido de ellos, y puede muy bien exclamar: Roma está en todas partes, está toda donde quiera que yo habite. La fraternidad que resulta de una lengua común es un lazo misterioso que tiene inmensa fuerza,"¹ Tan claras son las ventajas de esta comunidad de lengua en la Iglesia, que las reconocen aun los que no son católicos. Véase si no cómo se expresaba en Noviembre de 1884 un periódico protestante de los Estados Unidos, refiriéndose al Concilio Nacional que acababa de congregarse en Baltimore: "Los

¹ *Del Papa*, por el conde JOSÉ DE MAISTRE, lib. I, capítulo XX.

dignatarios, decía, de sangre francesa de Nueva Orleans, á quienes en otro tiempo la lengua francesa era la única familiar entre todos los idiomas modernos, hablaban fraternalmente con los Reverendos Padres alemanes que dirigen la Orden de los Redentoristas, dando así una prueba elocuente de la sabiduría de su santa Madre la Iglesia, que ha perpetuado entre los sacerdotes la lengua latina, como lengua universal de la jerarquía católica, estableciendo de esta manera *un vínculo que une entre sí á los fieles de todas las nacionalidades.* „

Finalmente, el aprecio con que la Santa Iglesia ha mirado siempre los estudios de las letras, y en especial las griegas y latinas, es un poderoso motivo para que todos sus hijos, cuando no fuera por otra razón, las estimen en gran manera y contribuyan á que sean cultivadas con el mayor lustre posible. Este aprecio se manifiesta patentemente en todo el discurso de la historia. Los Santos Padres todos recibieron la educación literaria en los autores clásicos griegos y romanos, y algunos de ellos sobresalieron con tanta excelencia en este género de estudios, que llegaron á diferenciarse muy poco de la perfección de sus modelos. En aquella época en que por toda Europa, con el estrépito de las armas y la confusión ocasionada por las invasiones de los bárbaros, había sido comple-

tamente relegado al olvido el estudio de las bellas letras, sólo en los palacios de los príncipes de la Iglesia y en la soledad de los claustros se conservaron los escritos de los mejores oradores, historiadores y poetas. Muchos de los Sumos Pontífices se han distinguido también de una manera especial en las letras, y todos han fomentado estos importantes estudios, ora con la fundación de escuelas, ora con la erección de bibliotecas, ora con sus exhortaciones á los Obispos, ó premiando con largueza á los hombres más eminentes en estos ramos, como se ven forzados á confesarlo los mismos detractores de la Santa Sede. Y de esto mismo es buena prueba el sapientísimo Pontífice que hoy rige la Iglesia, cuyas delicadas poesías latinas han merecido los elogios de los literatos, y de cuya estimación por las letras clásicas da elocuente testimonio la carta que en Mayo de 1885 dirigió al Cardenal Vicario de Roma, en la cual, enumeradas las ventajas que proporcionan estos estudios y el aprecio que siempre ha tenido de ellos la Santa Iglesia, le encarga que estas materias sean promovidas de una manera especial en el Seminario Romano. Y en Julio de 1886, por sus Letras apostólicas establece que en adelante, no sólo los que hayan de ingresar en el Colegio Pío han de sufrir examen de los elementos de griego, sino que además

los que hayan acabado los estudios de filosofía y teología, sea en el Seminario Pío, sea en el Romano, habrán de cursar por espacio de un año entero, dejado aparte todo otro estudio, en las clases de perfección de literatura patria, latina y griega, fundadas de orden del mismo Pontífice en 1885; y á estas mismas clases asistirán por obligación los que estudian el primer año de jurisprudencia. Todo este empeño, al paso que es un glorioso timbre para la Iglesia Católica, por revelar cómo siempre ha sido protectora y propagadora de cuanto eleva y ennoblece á las naciones; es también una norma, que muestra á los fieles el ánimo que deben tener respecto á estas materias, buscando para sus hijos la sólida educación que tales estudios cristianamente dirigidos procuran, estimándolos ellos mismos como joya de subido precio que enriquece el tesoro de la gran familia cristiana, y contribuyendo con su juicio y autoridad para que todos sean estimados. Esta es la razón que muchas veces ha movido á familias sinceramente católicas; las cuales, como adivinando con instinto cristiano cuál es el más seguro proceder, han dado el ejemplo de sacrificar otras conveniencias á la de que sus hijos estudiasen la literatura clásica latina.

CAPÍTULO V

DE LA GUERRA CONTRA LOS ESTUDIOS CLÁSICOS
Y PARTICULARMENTE CONTRA EL LATÍN

§ I

DESPUÉS de haber probado que no sin gravísimos motivos abogamos por la conservación de los estudios clásicos en la segunda enseñanza, réstanos conocer cuáles son los enemigos de estos estudios, qué causa les incita y qué táctica emplean al combatirlos: sabedores así de su estrategia, no seremos víctimas de una sorpresa, y calando sus intentos y reconociendo sus personas, echaremos mano del criterio más seguro para juzgar de la bondad de una causa, cual es el examinar quiénes son sus favorecedores, quiénes sus adversarios y qué les mueve á tan porfiada lucha.